

tribunal saliera una voz para interrumpirle. Más aún; en medio del silencio mismo, en medio de la misma inusitada tolerancia, pudo, con un comentario enérgico, con una adjuración directa al emperador, subrayar, completar y aclarar lo que él llamó entonces y se ha seguido llamando después el testamento de Orsini. ¿Qué significaba esa licencia extraordinaria en una época en que toda licencia era rigurosamente reprimida? Aquella invocación suprema del conspirador, matizada y graduada con habilidad infinita, comenzaba con una intimidación y terminaba con una súplica, como si el autor de la carta hubiese querido á la vez sacudir por medio del miedo la apatía del soberano y despertar en su alma algún antiguo recuerdo dormido. Un arte tan consumado ¿no revelaba acaso que una mano más ejercitada había guiado á la de Orsini? ¿Tendría éste en su pasado algún título misterioso que le autorizara para entablar aquella especie de coloquio público que ponía transitoriamente bajo un mismo pie al asesino y á la víctima, al miserable criminal y al omnipotente emperador? Se han hecho todas las suposiciones imaginables y se han relacionado toda clase de coincidencias; pero de todos esos indicios sueltos é incoherentes no se ha podido deducir nada cierto ni siquiera verosímil. Francia y Europa, en tanto, se asombraban de aquellas extraordinarias familiaridades del crimen; y ya Cavour sacaba, á su manera, provecho de esas tolerancias y aparentaba lamentarse de ellas: «La situación creada por el emperador á Orsini, escribía en 4 de marzo al marqués de Villamarina, hace cien veces más difícil nuestra tarea. ¿Cómo combatir con éxito la apología del regicidio, cuando en Francia estudian el modo de hacerlo interesante por otros medios mucho más eficaces por cierto que algunos malos artículos de periódicos (1)?»

No terminaban aún aquí los asombros ni la buena suerte de Cavour. Orsini, al regresar á la cárcel después de su sentencia de muerte, volvía á ella no marcado con la mancha suprema, sino rodeado de una especie de aureola. Convertido en personaje de moda y habiendo tomado afición á la correspondencia, escribió á Cavour, el cual no le contestó, «pues no quería, según decía irónicamente, felicitarle.» El condenado, como de costumbre, fué trasladado á la Roquette, última etapa que precede al patíbulo, y allí recibió, entre otras visitas, la del prefecto de policía, el Sr. Pietri, corso de nacimiento, es decir, semicompañero de Orsini, el cual le explicó las generosas intenciones del emperador respecto de Italia y le hizo ver la locura que sería hacer desaparecer al único hombre que tenía poder y voluntad para libertarla. Entonces Orsini escribió nuevamente al emperador (9 de marzo), pero ya no para amenazar ni lamentarse, sino para condenar el asesinato político y recomendar, en una súplica suprema, á la Francia y á su soberano la suerte de Italia. «Los sentimientos de simpatía de Vuestra Majestad á Italia no son para mí pequeño consuelo en el momento de la muerte. Muy pronto habré dejado de existir; y antes de exhalar el último aliento vital, declaro que el asesinato, sea cual fuere el pretexto tras del cual se ampare, no entra en mis principios, á pesar de que por una fatal aberración de es-

(1) *Lettere edite ed inedite di Camillo Cavour*, tomo VI, página 197.

píritu organicé el atentado de 14 de enero. No, el asesinato político jamás fué mi sistema y lo he combatido, á riesgo de mi existencia, con mis escritos y con los actos de mi vida política. Mis compatriotas, en vez de contar con ese medio del asesinato, aprendan de labios de un patriota dispuesto á morir, que sólo su abnegación, su lealtad, su unión y su virtud pueden asegurar la redención de Italia, hacerla libre, independiente y digna de la gloria de nuestros antepasados. Voy á morir tranquilo y no quiero que ninguna mancha mancille mi memoria. En cuanto á las víctimas del 14 de enero, les ofrezco mi sangre en expiación y pido al cielo que los italianos, cuando hayan recobrado su independencia, indemnicen á los que han padecido. Permítame Vuestra Majestad que le pida el indulto no para mí, sino para aquellos de mis cómplices que han sido condenados á muerte.» De día en día la personalidad del patriota iba borrando la imagen del criminal, y esa extraña rehabilitación que precedía al castigo era obra del mismo á quien Orsini había querido herir. ¿Se consumaría la expiación? Muchos lo pusieron en duda. Celebróse un gran consejo en que se discutió ampliamente sobre la suerte del conspirador; pero la premeditación horrible del atentado, el número de muertos y heridos y la magnitud de la emoción pública no permitieron el ejercicio de la imperial clemencia. Orsini subió, pues, al patíbulo, pero menos como criminal á quien se maldice que como víctima á quien se adorna con flores, y con la extraordinaria buena suerte de haber fortalecido la causa italiana en vez de desacreditarla para siempre.

Cuando en Italia se supo la ejecución de Orsini, los más exaltados le veneraron como á un mártir y le honraron «como á una especie de Guillermo Tell (2),» y los más moderados le compadecieron, formándose de esta suerte la leyenda que dura todavía. ¿Podemos mostrarnos asombrados de estas muestras de respeto y simpatía cuando en la misma Francia el emperador se dedicaba á engrandecer á su asesino? Los retratos de Orsini se vendieron secretamente en todos los ámbitos de la península y la curiosidad pública recogió solícita las menores circunstancias de su vida y de su muerte. En Padua, los estudiantes de la Universidad escogieron una iglesia para hacer una manifestación, y un día, al terminar la misa, entonaron en un acorde inmenso el *De profundis* por el alma de aquel que parecía casi un precursor. A estas muestras de simpatía agregé un homenaje más ostentoso: la *Gaceta oficial del Piamonte* publicó en 31 de marzo las dos cartas escritas por Orsini en Mazas y en la Roquette, elevando de este modo á la categoría de documentos históricos las elucubraciones del conspirador; y todo el mundo comprendió que el gobierno piomontés no se habría aventurado á disponer esa publicación, que constituía una verdadera amenaza contra el Austria, si el emperador de los franceses no hubiera autorizado y hasta sugerido tamaña temeridad. «Recibimos de una fuente segura los últimos escritos de Orsini,» decía el preámbulo de la *Gaceta oficial*; y los modernos historiadores de Italia afirman que esa «fuente segura» no era otra que el gabinete imperial, y añaden que Cavour, con ser hombre que tan difícilmente se desconcertaba, turbóse ante tal atre-

(2) *Souvenirs de la marquise d'Azeglio*, pág. 532.

vimiento, indicó las cóleras probables del Austria y pidió que se diera á su país una garantía contra las eventualidades del porvenir. Napoleón entonces respondió á esto, según ellos, insistiendo nuevamente, en vista de lo cual se ordenó la inserción en la *Gaceta* de aquellos documentos (1).

Aquella crisis extraordinaria había permitido á Cavour acabar de conocer al emperador de los franceses, adivinando entonces que para transformar á éste en instrumento dócil tan eficaces eran las amenazas como las caricias. Desde aquel momento dedicóse á mezclar la intimidación con el halago y á servirse simultáneamente de una y de otra para beneficiar los asuntos de su país; y así tan pronto se ingenia en exagerar los progresos de la revolución italiana, progresos tan grandes que lo invadirán todo si el Piamonte no la dirige absorbiéndola, como describe la exaltación de los partidos y agrega artificiosamente que si no se les da alguna garantía, será difícil y hasta imposible sofocar ó prevenir nuevos complotos. En Turín, el Sr. de La Tour de Auvergne, órgano del Sr. Walewski, usaba ya un lenguaje más moderado y de París llegaban informes cada vez más alentadores. En el entretanto, la Cámara piomontesa, animada de sentimientos más prudentes, se decidió á votar la ley sobre las conspiraciones contra los soberanos extranjeros, y cuando el Sr. de Villamarina se presentó en las Tullerías para comunicar tan buena nueva al emperador, éste le dió las gracias, le trató con especial benevolencia y luego le dijo con una intención que subrayaba sus palabras: «Vamos á ver, ¿en qué estado se encuentran las fortificaciones de Casale? ¿Y las de Alejandría (2)?»

## XII

En los últimos días de mayo llegó á Turín un personaje muy modesto por su rango, pero poderoso por su amistad con el emperador, y á la vez amigo muy entusiasta de Italia, el Dr. Conneau, el cual vió al rey y al primer ministro, habló mucho de las simpatías que unían á las cortes de las Tullerías y de Turín, y añadió que el emperador pasaría dentro de poco un mes en Plombières y se encontraría, por ende, muy cerca de la frontera piomontesa. Después se calló esperando el efecto de la insinuación. Cavour, encantado por tales palabras, guardóse de hacer notar el error geográfico que colocaba á Plombières á las puertas del reino sardo y contestó diligente que también él tenía proyectado descansar durante el verano una temporada en Suiza y que desde allí tendría sumo gusto en ir á ofrecer sus respetos al emperador.

Pero transcurrieron los días sin que llegara ningún otro mensajero, en vista de lo cual Cavour escribió al Sr. de Villamarina: «Estoy impaciente por saber si el emperador cumplirá lo que Conneau me ha insinuado, invitándome á que vaya á verle á Plombières (3). ¿Habrá adivinado el Sr. Walewski y sus amigos, que no

(1) Bianchi, *Storia documentata*, tomo VII, págs. 403-404. - *Lettere edite ed inedite di Camillo Cavour*, tomo II, páginas 540-541.

(2) Carta del Sr. de Villamarina á Cavour, 29 de marzo de 1858 (Bianchi, *Storia documentata*, tomo VII, pág. 402).

(3) *Lettere edite ed inedite di Camillo Cavour*, tomo II, página 560.

se descuidaban un momento, las intenciones de su soberano y logrado estorbarlas? El ministro sardo estaba sumamente inquieto acerca de este particular y se consumía en crueles incertidumbres: «Walewski y la mayoría de los agentes políticos de Francia, escribía, sólo representan pasiones mezquinas y en modo alguno los grandes pensamientos que concibe la inteligencia del emperador (4).»

Era preciso á toda costa provocar esos grandes pensamientos y apresurar su explosión; á este fin Cavour, viendo que no recibía ningún mensaje, sin reparar en nada se puso en camino el 11 de julio, rodeando su viaje de gran misterio y llevándose dos pasaportes, uno á nombre suyo, como presidente del consejo, y otro á nombre de José Benso «que va á Suiza y á Francia.» *L'Opinione*, órgano oficioso del gabinete, anunció anticipadamente el itinerario adoptado, según el cual el ministro iría á Saboya para visitar las obras del monte Cenis; desde allí se dirigiría á Suiza, regresaría por el Lukmanier, en donde se pensaba establecer la línea férrea que luego se trazó á través del San Gotardo, descansaría en Chamounix algunas semanas y después de este reposo volvería á encargarse de la dirección de los negocios.

Al llegar á Ginebra, esperaba á Cavour una buena noticia: una carta del general Beville, ayudante del emperador, le manifestaba que el soberano *tendría un gran placer* en recibirle en Plombières. Ante la idea de un paso tan decisivo y ya tan próximo, Cavour, que hasta entonces se había visto obligado á contenerse, sintióse presa de gran exaltación y confuso al mismo tiempo, según lo prueba la carta que escribió á La Mármora, único de sus colegas á quien hiciera objeto de todas sus confidencias, carta en la cual decía, entre otras cosas: «El drama se acerca al desenlace; ruega al cielo que me inspire á fin de no cometer ninguna torpeza en ese momento supremo. A pesar de mi habitual confianza, experimento gran inquietud (5).» Pero lo solemne de las circunstancias no le desconcertaba hasta el punto de obscurecer su previsión; por esto, á fuer de hombre prudente, recomendó al propio tiempo que se iniciara en el secreto del viaje al Sr. de La Tour de Auvergne, ministro de Francia, el cual tenía un hermano al servicio personal del emperador, y no convenía en modo alguno que se enterara por un conducto indirecto de lo que hasta entonces se le había ocultado.

En la noche del 20 de julio Cavour estaba en Plombières y á las once de la siguiente mañana fué recibido por Napoleón III, quien, sin ningún preámbulo, abordó el grave asunto que motivaba la entrevista y manifestó que estaría dispuesto á apoyar al Piamonte en una guerra contra el Austria mediante la doble condición de que la lucha no sería una lucha revolucionaria y de que se la podría disfrazar con un pretexto plausible á los ojos de la diplomacia. Los dos cómplices (pues no cabe darles otro nombre) analizaron una por una las causas posibles del conflicto: Cavour comenzó por invocar el incumplimiento de los tratados de comercio existentes entre Turín y Viena, y luego la extensión excesiva del poderío austriaco en los ducados y en las Romanas;

(4) *Lettere edite ed inedite di Camillo Cavour*, tomo VI, página 249.

(5) *Idem*, tomo II, págs. 562-563.

pero el emperador juzgó el primero insuficiente y rechazó el segundo por una razón perentoria: «Mientras nuestras tropas estén en Roma, no puedo exigir que Austria retire las suyas de Ancona y de Bolonia. Debo, añadió, respetar á Roma á causa de los católicos y á Nápoles por consideración al zar, que parece haber hecho punto de honra el proteger al rey Fernando.— Pues bien, replicó resueltamente Cavour; dejemos Roma al papa y Nápoles á sus príncipes; basta con permitir á los romañeses que se insurreccionen y que se deje hacer á los súbditos de Fernando el día en que quieran sacudir la paternal dominación de su soberano.» El emperador asintió silenciosamente. Encontrar un motivo para la guerra que pudiera confesarse públicamente, era cosa en extremo difícil y Cavour sentíase inquieto, tal era el miedo que le inspiraban las vacilaciones de Napoleón, hábil en rehuir hasta el último momento las consecuencias de los principios por él mismo proclamados. Estudiando el mapa de la península italiana, las miradas de ambos interlocutores se fijaron en aquellas provincias del ducado de Módena que, situadas al Oeste del Apenino, parecían una prolongación natural del Estado sardo y en las cuales realizábase desde hacía tiempo una propaganda activa para desligarlas de su legítimo soberano. ¿Sería difícil provocar en aquel rincón de tierra italiana alguna aspiración, alguna demanda en pro de la anexión á Cerdeña? En caso de conseguir esto, Víctor Manuel abrazaría resueltamente la causa de los que querrían entregarse á él, y el duque de Módena, que era el más intransigente de los príncipes, no dejaría de reivindicar altivamente sus derechos hereditarios y se apoyaría en Austria, en tanto que el Piamonte se apoyaba en Francia. De este modo surgiría la chispa que haría brotar las llamas y se convertiría muy pronto en incendio. ¿Sería este incendio general? Napoleón y Cavour contaban con una lucha terrible seguramente, pero localizada: Inglaterra, aunque descontenta y celosa, se mantendría neutral; Rusia dejaría hacer con gozosa indiferencia, y Prusia, siempre á caza de beneficios, permanecería largo tiempo indecisa, y la paz, fruto de la victoria, la sorprendería sin haber adoptado un partido. ¿Cuál sería, después de esa paz, la distribución de los territorios? La nueva organización de la península se basaría en la creación de un vasto reino septentrional que se extendería desde los Alpes hasta el Adriático, comprendería todo el valle del Po y reuniría bajo el centro de Víctor Manuel Parma, la Lombardía, Venecia y las mismas Legaciones. Aparte de este Estado rico y poderoso, destinado en la mente de Cavour á absorber tarde ó temprano el resto, se crearían ó conservarían tres Estados: la Toscana, acrecida con la Umbria, formaría un reino de la Italia central. ¿A quién se daría este principado, próxima presa del Piamonte engrandecido? Pronuncióse el nombre de la duquesa de Parma, y esta elección agradó á Napoleón III, quien, por generosidad, se preciaba de no perseguir y aun de favorecer á la casa de Borbón, y no menos agradó á Cavour, el cual se lisonjeaba de poder minar muy rápidamente la dominación precaria de una mujer y un niño. El papa «sería respetado,» como decía el emperador, y Roma le sería desdenosamente conservada; además se le cedería el antiguo patrimonio de San Pedro, y para dulcificar el despojo de sus demás provincias, hasta se le confe-

riría el título de *Presidente de la Confederación Italiana*, distinción vana, pompa irrisoria, bastante parecida á la púrpura que los judíos echaron sobre los hombros de Jesucristo. En cuanto al reino de Nápoles, se le dejaría vivir, á lo menos provisionalmente, ya porque fuese difícil todavía destruirlo contando como contaba aún con la protección rusa, ya porque su situación en la extremidad meridional de la península lo pusiese al abrigo de las complicaciones inmediatas del porvenir.

Quedaba un extremo por resolver, y era el precio de tantas complacencias. Al llegar á este punto de la entrevista, Napoleón se acordó de Francia y en pago de todas esas audaces innovaciones, apoyadas, autorizadas ó toleradas, estipuló un salario eventual, á saber, la cesión de la Saboya. Con ello lisonjeábase el emperador de poder imponer silencio á sus adversarios y atraerse la opinión; con ello, sobre todo, aseguraba á su país los desfiladeros de los Alpes y se garantizaba contra la ingratitude de su aliada, pues aun en medio de esas ilusiones extraordinarias que oscurecían su vista, Napoleón tenía pasajeros destellos de perspicacia, como esos ciegos cuyos ojos, cubiertos por un espeso velo, pero no totalmente extinguidos, perciben aún á intervalos alguna viva y fugaz claridad. Cavour se resistió débilmente al sacrificio, encomió la importancia del mismo y recordó con emoción que aquella tierra de Saboya había sido la cuna de la familia de sus soberanos cuyas tumbas guardaba todavía; mas en el fondo estaba muy satisfecho de que se le obligara á dar algo, pues aquel precio exiguo de los servicios futuros le ahorraría los apuros de la gratitud y haría descender á Napoleón de la categoría de protector para transformarlo en asociado. Además de Saboya, el monarca francés reclamó el condado de Niza; Cavour, al escuchar esta petición, exclamó: «Niza es tierra italiana; si la cedemos, ¿qué será del principio de las nacionalidades?» A esta protesta siguió un silencio embarazoso durante el cual el emperador se estuvo estirando el bigote, como si buscara una respuesta, hasta que al fin respondió: «Estas son cuestiones secundarias, de las que tendremos tiempo para ocuparnos más adelante (1).»

Eran las tres de la tarde; cuatro horas hacía que el soberano y el ministro estaban encerrados, discutiendo no tanto los intereses generales de la política como los preparativos de una conspiración. Y conspiradores eran, en efecto, por la inaudita audacia de sus planes, por el olvido de todas las reglas habituales, por el misterio impenetrable de que se rodeaban y, finalmente, para decirlo todo, por la mutua desconfianza que tras su confianza aparente se ocultaba. Tantas perspectivas nuevas deslumbraban á Cavour, quien se sentía desfallecer bajo la tensión extraordinaria de su espíritu; el mismo emperador estaba fatigado de tantos planes discutidos, vislumbrados ó desflorados, y su pensamiento, por un instante precisado, sumergíase otra vez en las tinieblas. Napoleón despidió á su visitante, pero por poco rato: «Volved á las cuatro, le dijo; daremos un paseo en coche.»

Una hora después, el emperador y el ministro subieron á un faetón que guiaba personalmente el soberano,

(1) *Informe del Sr. de Cavour á Víctor Manuel*, de 24 de julio de 1858 (*Lettere edite ed inedite di Camillo Cavour*, tomo II, págs. 568 y siguientes).

y anduvieron largo tiempo al través de los valles y de los bosques que hacen de los Vosgos, según hizo notar Cavour, «una de las regiones más pintorescas de Francia.» La historia, aun en las circunstancias más graves, tiene á veces algo de comedia, y sabido es que las comedias terminan á menudo en boda: una boda había de ser también el epílogo de las negociaciones de Plombières; en efecto, apenas estuvieron en las afueras de la pequeña población, Napoleón III confió á su compañero no ya sus propósitos políticos, sino sus esperanzas de familia, manifestándole cuán vivamente deseaba unir al príncipe Jerónimo Napoleón con la princesa Clotilde, hija de Víctor Manuel. Cavour estaba preparado para recibir esta confidencia, y lo estaba tanto más cuanto que el príncipe había pensado en otro tiempo, según se decía, en casarse con la duquesa de Génova y que, en lo tocante á la princesa Clotilde, se habían si no entablado seriamente, por lo menos iniciado algunas negociaciones. El rey de Cerdeña, luchando entre su solicitud paternal y su interés político, había recomendado á su ministro que nada prometiese, salvo en el caso de que el matrimonio fuera la condición esencial de la alianza. Cavour se aventuró á oponer algunas objeciones, pretextando la corta edad de la princesa y también, aunque con delicada reserva, la mala reputación del príncipe. El emperador, con aquella bondad indulgente que le caracterizaba, defendió larga, muy largamente la causa de su primo: «Me ha puesto en frecuentes compromisos y con frecuencia me ha irritado; gústale la contradicción y es perturbador, pero tiene mucho talento, raciocina mejor de lo que se cree y está dotado de un corazón excelente.» Para demostrar esta bondad de corazón, Napoleón III adujo la fidelidad del príncipe para con sus amigos y sobre todo *para con sus queridas*, y dentro de este orden de ideas, citó algunos de sus mejores rasgos. La conversación se prolongó en este terreno hasta que con las primeras sombras de la noche regresaron los paseantes á Plombières. En muchas ocasiones insistió el emperador en la proyectada alianza: «Comprendo, dijo, que la corta edad de la princesa impone algún aplazamiento, pero deseo una respuesta positiva y cuento con ella.» En esto, entraban ya en la población, cuyas calles empezaban á iluminarse; los dos negociadores habían agotado sus confianzas, y como convenía que á la visita de Cavour se le diera una publicidad indiscreta, el emperador se despidió del ministro estrechándole la mano y diciéndole: «Tened confianza en mí, como yo la tengo en vos (1).»

Cavour salió de Plombières inmediatamente, y á los dos días, desde Baden y en la mesa de una posada, escribió á su soberano, ya advertido por un telegrama cifrado, un largo informe con todos los detalles de la memorable entrevista. El ministro sardo, á fuer de hombre perspicaz, había adivinado la importancia que tendría á los ojos del emperador una alianza de familia con la antigua y augusta dinastía de Saboya; sin esta alianza, podría indudablemente efectuarse la alianza política, pero sólo con ella sería ésta verdaderamente sólida y duradera. Penetrado de estas ideas, Cavour, que en Plombières había evitado formular ninguna promesa, y

(1) *Informe del Sr. de Cavour al rey Víctor Manuel*, de 24 de julio de 1858.

que hasta había combatido discretamente los propósitos del emperador, se convirtió cerca de Víctor Manuel en caluroso intérprete de Napoleón III, y en su informe invocó la elevada posición del príncipe Napoleón, primer príncipe de la sangre, con un nombre tan glorioso que no le había más ilustre en los tiempos modernos, emparentado por su madre con la casa real de Wurtemberg y tan cercano al trono que sólo le separaba de él un niño de dos años. Con sus tesoros de indulgente sencillez, disculpó las costumbres del príncipe, «ligeras, decía, mas no escandalosas;» y con sinceridad atrevida que no retrocedía ante la verdad, aunque ésta fuese desagradable, dejó entender que Víctor Manuel no tenía mucho que escoger para su hija, pues las relaciones políticas impedían buscarle esposo en la casa de Austria ó entre los Borbones, y queriendo una alianza católica, no quedaban sino la casa de Braganza ó alguna secundaria de Alemania; y francamente, el príncipe Napoleón valía más que todo esto. Cavour no afirmaba, ni mucho menos, que la princesa sería dichosa; pero sea por efecto de la impasibilidad de hombre de Estado, sea por indiferencia de célibe, se resignaba á ello con un desasimiento esencialmente filosófico. Por otra parte, ¿habría ofrecido mayores garantías de felicidad una alianza con alguna antigua familia real? El ministro recordaba á este propósito á las cuatro hijas de Víctor Manuel I, todas mal casadas aunque ocupando un rango envidiable; y de este ejemplo no estaba muy lejos de deducir que todas las princesas de la casa de Saboya le parecían destinadas á ser infelices en el matrimonio y que la princesa Clotilde sería demasiado exigente si acariciara la ilusión de romper aquella tradición de familia y de substraerse á la suerte común.

Uno de los rasgos dominantes de Cavour era su maravillosa aptitud para dejar y volver á tomar, á su arbitrio, la carga de los negocios, sin que, en los intervalos de descanso, la menor huella visible denunciara la tensión habitual de su inteligencia y de sus fuerzas. Terminada su misión, presentóse en Baden despreocupado y sonriente, disfrutó de las distracciones de aquella famosa ciudad y á todos los que le preguntaban les respondía en un tono entre serio y chancero que desconcertaba. Como había anunciado su propósito de recorrer Suiza como excursionista, guardóse de sacrificar ó acortar su programa, y se le vio en Constanza, en Zurich y en Coire, atento á todo, sin precipitarse, hablando, leyendo, anotando sus impresiones y quejándose únicamente de la inconstancia del tiempo que velaba con una niebla uniforme las montañas y los valles. Regresó no por el camino del Lukmanier, que estaba impracticable á causa de recientes lluvias, sino por el Bernardino; y el día 30 se hallaba á orillas del lago de Locarno y al día siguiente tomaba de nuevo posesión de su ministerio, como hubiera podido hacerlo á la vuelta de unas apacibles vacaciones.

Mientras tanto, un agregado á la legación sarda en Berna, el Sr. Tosi, enviado á toda prisa, había entregado al rey el informe de Baden. Víctor Manuel soportaba con mal disimulado fastidio las cargas del rango supremo y sentía la misma aversión á las pompas oficiales que á la labor diaria de los negocios; pero cierta perspicacia natural suplía en él la aplicación, y merced á esto y á su ambición, sucedíale con frecuencia que se

hacía cargo de las cosas de prisa, de una manera exacta y de lejos. Al enterarse de las estipulaciones de Plombieres, comprendió en seguida cuáles aventuras, sembradas de peligros y de grandezas, elevarían su trono por encima de todos los ensueños de sus antepasados ó lo arruinarían para siempre; y esta perspectiva, según se dijo, lejos de turbarle ó de abatirle le exaltó, aceptando con voluntad firme la alternativa terrible de una partida decisiva en que iba á jugarse su propia suerte y la de su patria: «Dentro de un año, dijo, seré rey de Italia ó simplemente el Sr. de Saboya (1).»

## XIII

El día 24 de julio, la *Agencia Havas* publicó una nota concebida en los siguientes términos: «El conde de Cavour ha salido de Plombieres, después de haber permanecido allí treinta y seis horas.»

Era la época del año en que todos los que crean ó inspiran la opinión pública se marchan de París y se dispersan; y como, por otra parte, guardóse rigurosamente el secreto de las estipulaciones generales convenidas en la entrevista, aquella noticia fué menos comentada de lo que hubiera podido creerse, y á lo sumo los familiares de Saint-Cloud y de las Tullerías pudieron, por ciertos indicios, adivinar algunos de los designios de su soberano. Notóse que el emperador, hablando de la corte de Viena, empleaba un lenguaje poco en armonía con su habitual amenidad, y se supo que se habían establecido ciertas inteligencias en la prensa inglesa á fin de prepararla para una evolución próxima y hacerla propicia á la misma. Un día, uno de los ministros, al entrar en el despacho del emperador, quedóse sorprendido al ver á éste abismado en el estudio del mapa de Italia, y suponiendo que ello encerraba algún proyecto misterioso, comunicó á sus colegas sus previsiones alarmistas (2). De todos los consejeros de Napoleón III, sólo uno sentía verdadera inquietud y sabía que ésta era fundada, el ministro de Negocios extranjeros, señor de Walewski. Las ideas que entre el emperador y Cavour se habían cambiado en Plombieres no se le habían escapado, y se había atrevido á hacer al soberano algunas observaciones respetuosas, pero enérgicas, á las cuales respondió aquél exponiéndole una política tan grandiosa como preñada de peligros, que crearía un vasto reino en el valle del Po, transformaría la Alemania dividiéndola en tres troncos, pretendería contener, después de haberlo despertado, el espíritu de conquista ó de nacionalidad y sería beneficiosa para Italia, Alemania y Prusia, en una palabra, para todos menos para Francia.

En el entretanto, los hombres que seguían con atención la política general observaban, desde los balnearios ó quintas en donde veraneaban, que se operaba un cambio curioso en el lenguaje de las gacetas diarias. Los periódicos, á los que con tanto rigor se había contenido después del atentado de Orsini, empleaban un estilo resuelto y casi camorrista; pero la autorización que se les había dado para emanciparse solamente rezaba contra los amigos habituales del orden. El *Siècle* y la *Presse* se esforzaban en desacreditar la dominación austriaca

(1) Massari, *La vita ed il regno di Vittorio Emanuele II*, pág. 236.

(2) M. de Maupas, *Mémoires*, tomo II, pág. 83, nota.

en Lombardía, acogían, sin comprobarlas, las más extravagantes noticias y con persistencia é impunidad evidentes se convertían en campeones de la revolución. Al propio tiempo, los suscriptores al *Monitor*, que, como es sabido, era entonces órgano oficial, pudieron leer en él artículos de todo punto inusitados. Un publicista tan temerario como dotado de talento, Edmundo About, habíase convencido, después de permanecer un mes por lo menos en Italia, de que el gobierno pontificio era contrario á toda civilización y de que precisaba, dejando á un lado todo lo demás, suprimirlo por razón de justicia y de salubridad pública. Que el tal periodista acometiera la empresa de demostrar por su cuenta y riesgo sus afirmaciones, era cosa muy natural; pero el hecho de que para desarrollar aquella tesis recibiera la hospitalidad privilegiada del *Monitor*, parecía un procedimiento atrevido. Y sin embargo, así fué, y se publicaron allí sus folletines enérgicos, brillantes, de una elegante concisión, llenos de regocijadas difamaciones, de un estilo suelto, pero en el fondo muy trabajado, y de una forma que recordaba algo á Voltaire, que tendía sobre todo á recordarlo. Al cabo de dos meses cesaron los artículos á consecuencia de las protestas de la curia romana; pero Edmundo About, no queriendo perder su trabajo, los coleccionó más adelante en un tomo, que por prudencia publicó no en su patria, sino en Bruselas, desde donde entraron en Francia infinidad de ejemplares, pues la condición de clandestino parecía comunicar al libro un atractivo más. ¿Qué tenía esto de extraño, desde el momento en que el emperador, según se decía, había leído las pruebas de la obra y varios de sus familiares habían suministrado al publicista los elementos para escribirla (3)?

A todo esto, surgió un incidente que las polémicas de la prensa prolongaron hasta lo infinito y que parecía creado á propósito para desacreditar al gobierno pontificio y preparar su caída.

Vivían entonces en Bolonia los esposos Mortara, oriundos de Módena é israelitas; hacia el 1854, uno de sus hijos, de tres años de edad, había sido atacado de una enfermedad grave, en cual circunstancia una criada cristiana, á impulsos de un celo piadoso, había bautizado clandestinamente al niño, quien se curó y siguió viviendo, como era natural, en el hogar de sus padres, siendo iniciado por éstos en los ritos del culto judío. La pobre criada, entretanto, sentía turbada su conciencia por el peso del secreto de que era depositaria; hasta que en 1857, acosada por sus escrúpulos cada vez mayores, los confió á un sacerdote. Divulgóse el suceso y una información determinó la validez del sacramento conferido y recibido; después de lo cual el gobierno pontificio consideró que no era conveniente dejar abandonada al error á un alma que llevaba impreso el signo cristiano y en su consecuencia el niño fué separado de sus padres, conducido á Roma y puesto en un convento á fin de que recibiera una educación conforme con la religión de su bautismo.

La noticia del incidente no pasó de momento las fronteras pontificias. Pío IX recibió al padre del muchacho y le autorizó para que pudiera ver á su hijo; y después de haber cumplido con lo que era ó creía que

(3) Véase *Journal de MM. de Goncourt*, tomo I, pág. 277.

era su deber, dedicóse á suavizar el rigor de su decisión por medio de medidas de detalle. Pero la más vulgar previsión permitía adivinar el escándalo que todo ello ocasionaría. La corte de Roma ofrecía á sus adversarios una ocasión inesperada de oponer al derecho teológico el derecho natural, y sobre todo de hacer ver los peligros de un sistema que, reuniendo en una misma persona el poder espiritual y el poder temporal, introducía en las leyes civiles la inflexibilidad de las leyes dogmáticas; así es que, una vez divulgado el suceso, el ardor de las disputas excedió á todo lo que hubiera podido preverse. El nombre del niño Mortara fué repetido de boca en boca y no tardó en hacerse famoso, y la prensa hostil á la Iglesia, que nunca había encontrado un terreno tan propicio para dar rienda suelta á sus odios, ora describía en tono altamente dramático el secuestro del joven israelita, ora se complacía en enumerar en una serie de acusaciones generales todos los abusos del régimen teocrático, y tomándose de pronto gran interés por la autoridad paterna, dirigió un llamamiento á todos los padres y se propuso coligarlos en una indignación común. En la prensa oficiosa y hasta en la religiosa se observó aquella indecisión, aquella especie de fluctuación que es señal de las batallas mal comenzadas, lo cual se debía á que las mejores almas, las más cristianas, las más dignas, vacilaban entre los dogmas que tanto estimaban y las prerrogativas no menos santas del derecho paterno, prerrogativas escritas en el fondo de todas las conciencias y tantas veces proclamadas por la misma Iglesia. En Francia, sólo un diario, el *Univers*, tomó abiertamente la defensa de la corte de Roma, y lo hizo con una energía rayana en provocación: puso atrevidamente por encima de todos los derechos humanos el interés superior de la salvación de las almas; burlóse sin compasión de la falsa sensibilidad de los que querían hacer del niño Mortara el *tío Tom de la Iglesia*, según él decía, y recordó otros abusos más escandalosos y de los cuales, sin embargo, nadie hablaba. ¿Acaso los huérfanos de los soldados irlandeses muertos en Crimea no eran educados en las escuelas protestantes? ¿Por ventura la ley sueca no despojaba de la patria potestad á los jefes de familia que abrazaban el catolicismo? ¿No había ciertamente en Europa más que un solo Mortara? Al cabo de algunos meses, agotadas ya las discusiones por su misma duración, una nota del *Monitor* invitó á los periódicos á que se calmaran y guardaran silencio. En cuanto al papa, persistió en su resolución con una energía obstinada no desprovista de grandeza, ya que á esa preocupación absorbente de facilitar, de ayudar, de asegurar la salvación de un alma, sacrificaba el porvenir de su trono y el resto de su popularidad; es más, en la senda que había emprendido, desconcertaba á sus mejores amigos tan indecisos en seguirle en ella como resueltos á permanecerle fieles.

Mientras en Francia una gran obscuridad apenas iluminada por algunas luces intermitentes envolvía aún los acontecimientos próximos, Cavour se dedicaba á levantar poco á poco los velos y por medio de confidencias hábilmente dispuestas se aseguraba auxiliares é instrumentos en toda Italia. Poco después de su regreso de Plombieres, encontró en una comida celebrada en casa del general La Marmora á un ex ministro de Pío IX, muy influyente en las Romañas y muy fiel al partido

liberal, el conde Pasolini. Citóle para el día siguiente á las cinco de la mañana, y apenas le vió entrar en su despacho, díjole con viveza: «Llegó la hora; la boda es cosa resuelta; estamos seguros de la ayuda de Francia, é Italia se halla dispuesta para la revolución.» Pasolini creyó de pronto que á Cavour le había dado de repente un ataque de locura; pero luego, serenándose un poco, le hizo algunas objeciones. Entonces el ministro sardo le reveló el plan de la intervención y las razones que permitían esperar que la lucha se circunscribiría á Francia, al Piemonte y al Austria. «¿Pero y el rey?, preguntó Pasolini.—El rey está con nosotros y más bien que á estimular su entusiasmo nos vemos obligados á contenerle... Vos podéis ayudarnos.—¿Yo?—Seguramente. El papa tiene confianza en vos y debierais persuadirle de que los austriacos no siempre serán dueños de Italia y de que un vicariado piemontés en las Romañas sería para él una defensa.—He visto al papa en Bolonia (1) y le he hablado; otros le han hablado también, y por este lado nada hay que esperar.» La entrevista duró dos horas, y al salir de ella, Pasolini, enajenado, consternado, sin saber adónde iba, atravesó el puente del Dora y vagó largo tiempo por el campo, como si quisiera sacudir su fascinación y calmar el ardor febril de su alma (2). Entretanto, Cavour escribía á Minghetti: «Os doy las gracias por haberme hecho conocer al conde Pasolini, que podría llegar á ser uno de los leaders de nuestro partido (3).» Uno de los principales cuidados de Cavour era, en efecto, procurarse desde luego amigos que compartieran la responsabilidad de la revolución y fueran en su día los patronos del Piemonte engrandecido; y dominado por este afán, daba cita para el otoño á varios jefes liberales. En otro orden de ideas, procurábase otros concursos no menos preciosos; así anudaba inteligencias con el general húngaro Klapka (4), pues, entendiendo que todo recurso sería bueno para la guerra contra el Austria, vió que el más hábil sería el que armase contra Francisco José á sus propios súbditos.

Pasolini, Minghetti y los demás italianos notables por su rango ó por su fortuna, eran muy á propósito para dirigir ó contener el movimiento, pero no para hacerlo estallar; su concurso había de ser indispensable al día siguiente de la victoria; pero para el día de la lucha se necesitaría sobre todo una organización popular y soldados oscuros y dispuestos á arriesgarlo todo. La *Sociedad nacional italiana*, cuyo origen y primeros progresos hemos descrito, creó este elemento revolucionario, á la vez disciplinado y fanatizado, que era indispensable para los planes de Cavour. La Farina, asociado por un vínculo estrecho aunque misterioso á todas las empresas del primer ministro, desplegó una actividad que aumentaba á medida que la crisis se iba haciendo más inminente; y en su correspondencia no dejaba de anunciar la guerra próxima, convencido de que anunciarla era hacerla inevitable: «Tengo la firme confianza, escribía en 7 de septiembre, de que antes de la prima-

(1) El papa Pío IX había hecho en 1857 un viaje por sus Estados.

(2) José Pasolini, *Memorie raccolte da suo figlio*, pág. 226.

(3) Idem, pág. 227.

(4) *Lettere edite ed inedite di Camillo Cavour*, tomo II, página 591.